

十八岁出门远行
“Partir lejos de casa a los dieciocho”
de Yu Hua 余华¹

PABLO RODRÍGUEZ DURÁN
El Colegio de México

Resumen

“Partir lejos de casa a los dieciocho” es un cuento que representa un tipo de corriente literaria, nacida a partir del desencanto con las manifestaciones artísticas del realismo socialista. En el estilo indeterminado de Yu Hua, puede entreverse la misma indeterminación en las emociones de un joven viajero, quien se encuentra en la transición de la infancia a la edad adulta. Una China convulsionada como escenario y un nuevo enfoque del individuo, en la literatura y en la vida.

Palabras claves: Yu Hua, literatura china, traducción, realismo socialista

Abstract

“On the Road at Eighteen” is a short-story that reflects a literary movement born due to a disenchantment with the artistic expressions of Socialist Realism. In the indeterminate language style of Yu Hua, it can glimpse the same uncertainty in the emotions of a young traveler, experiencing the transition from childhood to adult life. A shattered China as the main stage and a new approach to the individual, in literature and in life.

Key words: Yu Hua, Chinese literature, translation, Socialist Realism

Yu Hua nació el tres de abril de 1960 en Hangzhou, una bella ciudad al este de China, en la provincia de Zhejiang. Mejor conocido por novelas posteriores como *兄弟* *xiongdi* *Brothers*, *许三观*

卖血记 *xusanguanmaixueji* *Crónicas de un mercader de sangre* y *活着* *huozhe* ¡*Vivir!*—ésta última llevada al cine por Zhang Yimou —“Partir lejos de casa a los dieciocho” es apenas el inicio de su obra como escritor.

Para 1987, año en que se publica, en las corrientes predominantes de la literatura china ya no figura el realismo socialista. La colectividad ha ido gradualmente dando paso al individuo. Sin embargo, pareciera como si a este individuo lo hubiesen tirado, sin instrucciones, en medio de la vorágine del mundo real, desolado y hostil.

Las interpretaciones que pueden darse a este cuento son múltiples. Hua Li, en una original interpretación, toma este cuento como paradigma del estilo *Bildungsroman*, término alemán que significa novela de iniciación, formación, educación, etc. No obstante, si bien el estilo parece semejante, este tipo de *Bildungsroman* es absolutamente atípico, en tanto el desenvolvimiento natural del personaje en la transición de la infancia a la edad adulta se ve obstaculizado, accidentado y, finalmente, inconcluso. El cuento puede también interpretarse como la iniciación y reconciliación con el mundo de un joven; como la metáfora ante la perspectiva de la nueva identidad del individuo chino, tras dejar atrás la mentalidad colectivista de los tiempos de Mao Zedong; e incluso puede pensar Usted, estimado lector, que la figura del padre encarna la promesa deshecha del mundo socialista, que el morral rojo es un símbolo de la herencia revolucionaria, y que al partir de casa, el joven héroe queda tirado en medio de un mundo desordenado, incomprensible y vacío. Es decir, que la metáfora no alude al individuo, sino a la sociedad. De lo que podemos estar seguros es de que es una obra que inaugura una nueva forma literaria, una forma que el mismo Yu Hua denomina 不确定的语言 *buquedingdeyuyan* (Lenguaje indeterminado), por oposición al enton-

ces lenguaje del día a día llamado 大众化的语言 *dazonghuadeyuyan* (lenguaje de las masas). El lenguaje, para poder revelar la auténtica naturaleza del mundo individual, debe violar el sentido común, es decir, el de las masas. En este, palabras como *dolor*, *miedo* y *alegría* son sólo abstracciones que no logran expresar los estados emocionales del individuo. Es por ello que donde recae el énfasis es en develar el deseo, mas no en reflejar la personalidad del protagonista (Li, 2011, p. 137).

A manera de conclusión, diré que en los cuentos y novelas de Yu Hua la violencia es un elemento común. Quizás sea por la circunstancia histórica en que nació y producto de la revolución cultural, quizás por su cercanía con la sangre, pues su padre era cirujano y él mismo, antes de escritor, trabajó como dentista; quizás únicamente por reflejar una suerte de realidad concreta, plasmando la experiencia individual de un sujeto en soledad dentro de la maraña de una China convulsionada. En cualquier caso, la obra de Yu Hua en general, y “Partir lejos a los dieciocho” en particular, están plagadas de metáforas alusivas al mundo caótico, en el cual se ve envuelto un individuo en pleno despertar emocional, cuyo único asidero son sus propios convulsionados sentimientos. De este sujeto, lo único que sabemos es que jamás llegará a ser la viva imagen del paradigma del hombre socialista.

La traducción:

十八岁出门远行

“Partir lejos de casa a los dieciocho” de Yu Hua 余华

El camino, cual ola en el mar, subía y bajaba sin cesar. Caminando sobre él, me sentía igual que un barco. Tenía dieciocho años, en mi barbilla los primeros vellos amarillentos habían llegado para quedarse. Cuánto los apreciaba. Andando todo el día por aquel camino ondulado, todas las montañas y nubes que crucé, me recordaron a conocidos. Mirándolas, gritaba los apodos de esa gente, y por ello, aunque llevaba caminando todo el día, no me sentía cansado. Ya había cruzado el alba y pasado por el atardecer. En aquel momento veía los cabellos oscuros del anocheecer... pero aún no encontraba posada.

En el camino me topé con mucha gente, pero nadie sabía qué había adelante o si había o no un albergue. “Camina y verás” —me decían todos. Supuse que tendrían razón, así que les hice caso. Sólo que seguía sin ver nada parecido a una posada, así que también supuse que debería comenzar a preocuparme por dónde pasar la noche.

Fue muy raro que en todo el trayecto sólo me hubiera cruzado con un carro. Pasó al mediodía, justo cuando pensé en pedir aventón. Pero sólo lo pensé. Dónde dormir aún no me importaba, y la idea de irme de aventón me parecía magnífica. Parado al lado del camino alcé el brazo y estiré el pulgar. Me esforcé por hacerlo con estilo, pero el conductor y su máquina me vieron como si no me vieran y los hijos de puta

en un parpadeo pasaron de largo. Corrí con todas mis fuerzas tras ellos. Como la posada aún no me preocupaba, lo hice por puro placer. Los perseguí hasta verlos desaparecer y un momento después me ataqué a reír, pero me di cuenta de que carcajearme me dejaría sin aire, así que paré. Lleno de entusiasmo continué mi camino, pero comencé a arrepentirme... me arrepentí de no haber tenido una piedra mientras con gracia agitaba la mano pidiendo aventón.

En ese punto realmente quería el aventón. El ocaso se anunciaba y el putito albergue no se veía por ningún lado. En toda la tarde no volví a ver ni una sola carcacha. Pensé tirarme a la mitad del camino. Si me atrevía, todos los carros frenarían en seco en mi oreja. Pero alrededor no se oía el ruido de nada parecido a un motor. No tenía otra que caminar y ver. No sonaba tan mal: caminar y ver.

El camino ciertamente subía y bajaba, pero a mí eran las subidas las que me llamaban. Subía cada vez más alto buscando posada, pero sólo me recibía una nueva subida y un paraje desolado dando una deprimente bienvenida al caminante. Con todas mis fuerzas seguí subiendo, hasta que finalmente apareció: no era un albergue, era un carro. Un carro en mi dirección parado en una bajada. No logré ver la cabeza del conductor, metida en el motor, sino sólo su trasero iluminado por el resplandor del crepúsculo. La tapa del motor torcida, parecía un labio chueco. Atrás, en la camioneta, había canastos apilados. Supuse estaban llenos de frutas y de ser bananos, qué mejor. Tan pronto y me suba, me los tragaré, pensé. Aunque el carro en realidad iba en la dirección de la que yo venía, en aquel

punto poco me importaban las direcciones, sólo necesitaba un albergue. De no haber albergue, pues necesitaba un carro y el carro estaba justamente ahí, frente a mis ojos.

Lleno de ánimos corrí hasta la carcacha y le agité la mano al chofer. "Paisano ¿Qué tal?"

El conductor, como si no me escuchara, seguía moviendo algo.

"Paisano, fúmate un cigarrillo".

Esa vez, desganado, asomó la cabeza y estiró una mano negra que alcanzó el cigarrillo con los dedos. Sin perder tiempo se lo prendí, él dio unas bocanadas y volvió a lo suyo.

Me tranquilicé, si aceptó el cigarro seguro me dará aventón. Me puse a darle vueltas a la camioneta. No vi nada, pero olí manzanas. "Las manzanas no están tampoco nada mal" - pensé.

En poco tiempo el conductor logró reparar la carcacha, cerró la tapa y bajó de un salto. Ansioso caminé hacia el viejo y le dije: "Paisano, dame un aventón". Pero él con sus negras manos me empujó y groseramente dijo: "Lárgate".

Me enojé tanto que me quedé mudo. Él, en cambio, lentamente abrió la puerta y se metió. Oí el motor prenderse. Sabía que era ahora o nunca. Sabía que era todo o nada. Corriendo llegué al otro lado y me metí. Estaba listo para pelear. Entré y proferí: "Mi cigarrillo todavía está en tu hocico" pero la máquina ya estaba en movimiento.

Inesperadamente, como si fuéramos viejos amigos, me sonrió. Yo ya no entendía nada. "¿A dónde vas?" - Me preguntó.

"Adonde sea" - respondí.

Luego, cariñosamente me preguntó: "¿Quieres una manzana?" Me miraba fijamente

"Pero claro, sobra la pregunta"

"Ve atrás y tómalala pues"

Iba rapidísimo, ¿me atrevería a treparme hasta atrás?

"Olvídalo, mejor no", preferí decir.

"No hay problema, ve" -Insistió. Me seguía mirando.

"¿Qué me ves?, en mi cara no se ve el camino".

Por fin volteó la cabeza y miró hacia delante.

El carro aceleraba en la dirección por la que antes venía caminando y yo, cómodamente sentado, miraba por la ventana y hablaba con el conductor. Nos hicimos amigos. Me contó que era transportista; que la carcacha era suya y las manzanas también. Escuchando el tintineo de las monedas en su bolsillo le pregunté: "Y tú a dónde vas?"

"Ya verás", respondió.

Había mucho afecto en aquellas palabras, tanto que parecían las de un hermano. Ya me sentía más cercano a él. Las nubes y montañas de afuera, tan familiares, me recordaron a otros conocidos, así que llamaba ahora el nombre de estos otros.

En ese punto me importaba un carajo dónde dormir. En el carro, sobre ese asiento y con aquel conductor, me sentía tranquilo y en paz. No tenía ni idea de adónde íbamos. Él tampoco. No nos importaba. Mientras andara, iríamos adonde la carcacha quisiera llevarnos.

Pero la carcacha se varó. Para ese entonces el chofer y yo éramos ya uña y mugre. Él puso su mano en mi hombro y yo puse la mía en el suyo. Justo cuando estaba a punto de contarme sus aventuras amorosas y describirme la sensación de abrazar a una mujer por primera vez, la máquina en una subida enmudeció y quedó quieta. Quieta como un cerdo muerto. El conductor otra vez se trepó, abrió el hocico de la carcacha

y metió la cabeza. Yo me quedé sentado y aunque sabía que su trasero estaría apuntando al aire, la tapa se interponía en mi vista y sólo escuchaba ruidos.

Pasó un rato hasta que sacó la cabeza del motor y cerró la tapa. Restregó sus manos, aún más negras que antes, contra su ropa una y otra vez. De un salto cayó al suelo y volvió hacia mí.

“¿Ya quedó?” - le pregunté

“Qué va, no tiene arreglo” - respondió.

Nos jodimos, pensé. “Y entonces, qué hacemos?” - pregunté.

“Esperar. Ya veremos”, dijo como si nada.

Me quedé sentado en el carro sin saber qué hacer y en el momento volví a pensar en un albergue. Cuando el sol estaba a punto de ponerse tras las montañas, el ocaso parecía levantar una cortina de vapor. El albergue nuevamente acaparó mi cerebro y pronto lo nubló. En ese momento ya no tenía cerebro, su lugar lo ocupó el albergue.

El conductor se puso a hacer estiramientos a la mitad del camino, uno por uno los hizo con suma seriedad y, cuando terminó, se puso a trotar. Quizás por estar tanto tiempo manejando ahora necesitaba hacer algo de ejercicio. Sin ninguna razón para quedarme sentado, abrí la puerta y salí. Claro, yo ni me estiré ni troté. Mi mente sólo pensaba en dos cosas: en un albergue y en un albergue.

Fue ahí cuando de la colina vi cinco bicicletas bajando. En la parte de atrás, amarrados a los extremos de un palo, colgaban enormes canastos. Me imaginé que eran campesinos, vendedores de regreso a casa. Viéndolos me llené de alegría y gritando fui a darles la bienvenida: “Hola, paisanos, ¿qué tal?”

Los cinco tipos pararon a mi lado y se bajaron de un salto. Caminé hacia

ellos y amistosamente pregunté: “¿Hay un albergue por acá cerca?”

Nadie respondió, en cambio preguntaron “¿Qué hay en los canastos?”

“Manzanas” - les dije.

Los cinco sujetos empujaron sus bicicletas hasta la camioneta, dos se subieron y bajaron diez canastos. Los otros tres, recibéndolos, los abrieron y metieron las manzanas en sus propios canastos. Durante un momento no tuve ni idea de qué estaba pasando, la escena me tenía boquiabierto. Cuando al fin comprendí, me arrojé sobre ellos y les reclamé: “¿Qué carajos están haciendo?”

Todos me ignoraron. Seguían vaciando los canastos. Agarré el brazo de uno y grité: “¡Ladrones!”. Fue ahí cuando un puño salvaje me destrozó la nariz y me tiró lejos. Me paré, me toqué. Mi nariz, rota, colgaba sobre mi cara. La sangre fresca se escurría como lágrimas de tristeza. Pero cuando logré ver bien al gigante que me golpeó, los cinco tipos ya se esfumaban en sus bicicletas.

En ese momento, el chofer venía caminando sin ninguna prisa. Venía jadeando, se veía cansado. Era como si no supiera lo que acababa de pasar “¡te robaron las manzanas, paisano!” - le grité, pero él siguió caminando como si nada. Me dieron ganas de darle un puñetazo y también romperle la nariz. Corrí hacia él y le grité en la oreja: “¡te robaron las manzanas!” Al fin se volteó y me miró, me di cuenta de que entre más me veía la nariz, más contento se ponía.

De la colina nuevamente vi bajar una profusión de bicicletas, cada una de ellas con dos grandes canastos atados atrás. Algunas las montaban niños. Se acercaban cual enjambre de abejas. Sin perder el tiempo rodearon la carcacha, se treparon, y uno a uno bajaron los canastos. Unos canastos se rompieron,

como mi nariz, y las manzanas se derramaron al piso, como mi sangre. Ellos seguían como locos metiendo la fruta en sus canastos. En un abrir y cerrar de ojos dejaron vacía la camioneta. En ese momento varios tractores bajaron de la cuesta como truenos y también se pararon al lado del carro. Saltaron tipos enormes, metieron las manzanas a los tractores y tiraron al suelo los canastos. Las manzanas en el suelo aún rodaban sin parar y todo el mundo, en cuclillas como sapos, las recogía.

En ese punto, ya sin preocuparme por mí mismo, me lancé insultándolos: “¡Rateros!”-. Claro, incontables puños y patadas me apalearon. Cuando intenté levantarme, unos niños me tiraron unas cuantas manzanas a la cara. Las manzanas se rompieron, pero mi cabeza no, y justo cuando quise lanzarme a aporrearlos, una bestial patada contra mi cintura me dejó sin voz. Tirado en el suelo, sin poder hablar ni pararme, me puse a contemplar el caos. Busqué al chofer con la mirada y vi que el tipejo ese a lo lejos se reía de mí. Supe que mi patético aspecto ofrecía un mejor espectáculo que mi nariz rota.

Sin energías ni siquiera para enojarme, sólo tuve ojos para ver todo lo que me encabronaba. En primer lugar estaba el chofer ese.

De la subida bajaron más tractores y más bicicletas y se lanzaron al centro de la catástrofe. La gente iba y venía. Las manzanas eran cada vez menos. Los últimos en llegar se pusieron a desmontar los vidrios de las ventanas, las llantas y las tablas de madera del carro. La pobre carcacha quedó tirada en el suelo con un aspecto francamente deprimente. Las manzanas se acabaron, la gente se fue; los niños se llevaron los canastos vacíos. Yo no te-

nía fuerzas ni para maldecir ni para levantarme, apenas podía deambular con mis ojos de aquí para allá.

El paraje quedó desolado, sólo quedó un tractor junto a unos cuantos tipos mirando alrededor qué más saquear. Poco después se treparon y el tractor arrancó.

Fue entonces cuando vi al chofer ese treparse también al tractor. Se sentó y siguió carcajeándose a costa mía. Además, vi que tenía mi mochila roja entre sus brazos. Me robó la mochila. En la mochila guardaba mi ropa y mi dinero; mi comida, mis libros...y me la robó.

Vi el tractor subir la colina hasta desaparecer, al desaparecer seguí escuchando su sonido hasta desvanecerse y desvaneciéndose llegó el silencio. La noche comenzaba a caer. Yo seguía sentado en el piso. Tenía hambre, tenía frío, pero ya no me quedaba nada.

Ahí mismo me quedé un buen rato, sentado, hasta que lentamente fui poniéndome de pie. Tuve que hacer un gran esfuerzo. Mi cuerpo en cada movimiento se retorció de dolor. Logré pararme y cojeando llegué hasta la pobre carcacha. Daba lástima ahí tirada, llena de heridas y moretones. Sabía que yo estaba igual que ella: lleno de heridas y moretones.

La noche envolvió el paraje solitario y sólo quedamos dos cuerpos golpeados y magullados: yo y la carcacha. Con infinita tristeza nos miramos el uno al otro. Estiré la mano y sentí su cuerpo helado. En ese momento un fuerte viento comenzó a soplar y el susurro de las hojas en los árboles me produjo tanto terror que quedé, como el carro, totalmente congelado.

Abrí la puerta y me metí, me consolé ver los asientos aún ahí. Me acosté. Sentí el olor a gasolina derramada,

cual si fuera el mismo de la sangre chorreando de mi nariz. Afuera el viento soplaba cada vez más fuerte, pero yo, acostado en el asiento, comencé a sentir menos frío. Sentí que la carcacha, muy malherida, pero aún entera, al igual que mi pecho aún emitía calor. Nunca imaginé que tú, carcachita mía, terminarías por ser la posada que tanto tiempo busqué.

Acostado en el regazo del carro recordé aquella templada tarde de cielo claro y sus hermosos rayos de sol. Después de haber pasado un largo rato muy feliz en la calle, regresaba a casa. Desde la ventana vi a mi padre empacando una mochila roja, apoyado en la ventana, le pregunté: "Papá, ¿vas de viaje?"

Mi padre volteó y cariñosamente me dijo: "No, es para ti."

"¿Para mí?"

"Sí, para ti. Ya tienes dieciocho. Ha llegado la hora de salir y conocer el mundo".

Me puse esa hermosa mochila roja al hombro. Una palmada de mi padre, de esas que se dan a los caballos, me animó a salir corriendo y, feliz como un potro, galopando crucé la puerta y partí.

Beijing, 16 de noviembre de 1986

Nota

- 1 Esta traducción, directa del chino al español, forma parte de la investigación que realizo en la maestría de "Estudios de Asia y África" (2013-2015) en el Colegio de México para la tesis de titulación. Ésta lleva por nombre "La obra temprana de Yu Hua: La reconceptualización del individuo y la familia china en *Salir de casa a los dieciocho*: 十八岁出门远行 y *El incidente del tres de abril* 四月三日事件.

Bibliografía

- Li, H. (2011). *Contemporary Chinese Fiction by Su Tong and Yu Hua: Coming of Age in Troubled Times*. Leiden, Boston: Brill.
- Venier, H. N. (1968). El problema del individualismo en oriente. *Estudios Orientales*, 3 (1), 1-26.
- Zhang, C., & Liu, C. (1993). Infortunio de la patria y fortuna de los poetas: sobre la literatura china contemporánea. *Estudios de Asia y África*, 28 (1), 99-107.
- Botton Beja, F. (2007). Tendencias de la literatura china en la actualidad. *Estudios de Asia y África*, 42 (3), 737-750.

